

## En la frontera de la cárcel

**Gianfrancesco Bagnulo, o.f.m.cap.**

*Uno de los lugares donde más se pone a prueba la capacidad de acogida, de escucha, de amor de la caridad cristiana, son las instituciones penitenciarias en las que también los capellanes católicos prestan sus servicios*

*Hemos preguntado al padre Antonio Bagnulo o.f.m.cap., que desde el 2000 ejerce este ministerio en la cárcel de Viterbo que nos cuente cómo trata de cumplir su misión en tal situación.*

### Un poco de historia

Cuando era estudiante de teología, vi que un hermano de la comunidad eligió colaborar con el capellán de la cárcel, y tuve también yo el deseo de trabajar con él, y poder vivir la palabra del evangelio de Mateo, nada fácil de practicarla: «*Estaba en la cárcel y vinisteis a verme...*». Pero me lo impidió una infección de las amígdalas, que me tuvo bloqueado durante tres inviernos seguidos.

Ya sacerdote, pude vivir otra palabra de aquel trozo evangélico: «*Estuve enfermo...*». Los superiores, aunque fui destinado a los estudios y a la enseñanza como había sido propuesto en un principio, me

pidieron sustituir a otro hermano de comunidad enfermo, capellán de un hospital de Roma. Desde entonces mi vida sacerdotal se desarrolló entre la asistencia a los enfermos en varios hospitales de Roma y la enseñanza en nuestros centros de estudios de filosofía en Siena y en Viterbo hasta ahora.

En noviembre de 1999 los superiores me pidieron que ayudara a un religioso enfermo, capellán en la cárcel de Viterbo. Me volvió el recuerdo de aquel deseo de estudiante: llegar a aquellos que no suscitan fácilmente sentimientos y actitudes de participación, dadas sus situaciones de marginación. Ahora todavía sigo en Viterbo como capellán de la cárcel.

## El proceso interior

¿Qué decir de estos años de cercanía con los enfermos y luego con los reclusos entre aquellos muros? Durante 27 años estuve en los hospitales. No siempre fue fácil ayudar a vivir con fe situaciones de enfermedad, a veces trágicas o irreversibles, pero ni siquiera simplemente hacerse cercano a quien sufre dolores y angustias cuando no se tiene el consuelo de la fe; pero el amor de la cercanía respetuosa y discreta ha permitido vivir casi siempre la relación con serenidad y paz.

Así conocí muchas veces la experiencia del hombre enfermo o, que por la precariedad de su salud o por los nuevos límites impuestos por la enfermedad, se siente disminuido en la propia estima de sí y en el temor del juicio de sus conocidos, ofuscando así el verdadero valor de la dignidad humana, nunca unida a las solas condiciones físicas.

Como he visto suceder que, en el curso de la recuperación plena o parcial de la salud, prevalece, por determinados parámetros artificiales o no naturales, la enfermedad según la cual la vida tiene sentido solo en la total eficiencia operativa, sin la cual, parece, no vale la pena vivir. Pero así se devalúa el verdadero significado de la persona, que está siempre llamada a asumir la responsabilidad de contribuir con sus semejantes al mejoramiento de la convivencia humana para la realización en la vida social de los valores morales, civiles y religiosos, propios de la dignidad humana.

Entrar en la cárcel fue otro rostro de Jesús que se reveló: «*Estaba en la cárcel...*», me guió y me sostuvo ante el compromiso con los detenidos, cuyo número en algunos momentos de emergencia era verdaderamente exorbitante. Pero he visto claramente la diferencia entre el sufrimiento de quien está debilitado más o menos grave-

mente por la enfermedad y la fe de quien ha sido privado por la justicia de su libertad física y civil.

Conocí la experiencia de personas que parecían cerrados en su egocentrismo, parecían impermeables a las solicitudes a darse cuenta de su comportamiento negativo, personas que, aun dotadas de corazón y de inteligencia, o por ignorancia crasa, o por fragilidades psicológicas personales, o por haber crecido en ambientes caóticos dominados por la desviación, por opciones equivocadas, han oscurecido la voz de la conciencia, perdiendo la distinción entre lo que está bien y lo que está mal, y han violado la propia dignidad de personas. Y este es el servicio de ayuda a cada individuo, reclusos tras los muros de la cárcel para recuperar el verdadero sentido de justicia, no solo jurídico sino también moral y humano.

En este seguir la historia y el camino de tantos que pasaron por la cárcel de Viterbo debo decir la ayuda preciosísima de voluntarios, religiosas y laicos de varios movimientos eclesiales con los cuales se comparte el compromiso del crecimiento humano y espiritual a estos hermanos.

Sin ellos el trabajo hubiera sido casi imposible –además de mi celebración semanal de la santa Misa en 6 departamentos– llevar adelante la preparación del Bautismo, la Confirmación y la primera Comunión de decenas de detenidos; cómo llevar adelante en 6 departamentos los encuentros semanales de grupo, en los que se profundiza la experiencia de la propia vida con la Palabra de Dios.

Una última nota: si estamos atentos a lo positivo que incluso se manifiesta en medio de tantos sufrimientos, se puede captar que también en los ánimos de quien ha cometido los crímenes más feroces, el Espíritu Santo abre a menudo una brecha que el amor paciente y confiado de quienes se es-

fuerzan por “servir” a estos hermanos hace brotar y fructificar en frutos de vida nueva.

...consciente que él, detenido como ellos, puede ayudarles como ni siquiera el sacerdote lo consigue a veces, feliz de ser así un inicial instrumento de la misericordia de Dios para muchos.

Pero si es verdad que el sacerdote es la figura que por “profesión”, por todas partes se emplea para solicitar y actuar según un espíritu de comunión con dedicación altruista y gratuita, puedo testimoniar que he encontrado esta actitud desinteresada y laboriosa, y altruista, en tantas personas no directamente relacionadas con la capellanía católica, que, aun con otras ideologías o simplemente no cercanas a la Iglesia católica, están dispuestas y de hecho están comprometidas en colaborar por el bien de los detenidos. Esta es la experiencia que se hace en Viterbo, al menos en algunos sectores y respecto a algunos reclusos.

### Algunos frutos

*Ninino* fue apresado aunque era inocente, y permaneció detenido durante 4 años. Ha sido la fuerza de la fe la que le ha hecho no solo aceptar esta injusticia sino comprometerlo en ayudar a los compañeros y superar en los momentos de rebelión y abatimiento de los compañeros. La relación viva con el capellán, lo ha alimentado en este trabajo de ir contracorriente y de testimonio frente a todos, Su relación llegó a ser profunda y vital.

*Vittorio* frecuentó los encuentros de los neocatecumenales, con seriedad, redescubriendo primero el sentido auténtico de la fe y luego tratando de profundizarla perso-

nalmente pidiendo textos de los Padres de la Iglesia, hasta quererse inscribir en una escuela de teología para laicos por correspondencia. Ha podido seguir los cursos del primer año, no excluyendo la idea de la consagración: después, trasladado, ha tenido que desistir. El capellán de la nueva institución me dice siempre que ha permanecido fiel y practicante.

Recuerdo a un ex-killer, *Geppy*, con cadena perpetua, que incluso después de ocho años de jefe en la cárcel, en donde se distinguió como rebelde indomable, seguido con lecturas y coloquios por un profesor que había cultivado el trabajo de Dios en él, comenzó a asistir a la santa misa, a los encuentros de catequesis, hasta pedir recibir el sacramento de la confirmación. Se reveló a sí mismo como una persona atenta al Espíritu Santo en él. Recordando su pasado afirma que no entraba en la iglesia porque sabía que no podía ofender al Señor con su presencia, dada su indignidad. Hoy es un líder muy positivo entre los compañeros.

*Lionello* ha agradecido a la Providencia por haberlo detenido con la encarcelación en su desenfrenado delinquir y de haberle hecho encontrar una hermana voluntaria en la cárcel que le ha ayudado a entrar en sí mismo y a madurar una sincera conversión. Hoy pide la guía espiritual para crecer en la comunión con el Señor.

*Alonso*, traficante de drogas, proveniente de un país extraeuropeo, ha estado acompañado por dos hermanas en el camino de la recuperación de la fe cristiana; ahora acepta y vive la encarcelación no solo como justa pena por su mal actuar, sino como una ocasión especial que el señor le ofrece para ayudar a los compañeros a salir del estado de abandono psico-moral, consciente que él, detenido como ellos, puede ayudarles como ni siquiera el sacerdote lo consigue a veces, feliz de ser así un inicial instrumento de la misericordia de Dios para muchos.